

JORGE LUIS BORGES, POETA DE BUENOS AIRES

PARA lo mucho que de Borges puedo decir, me basta el conocimiento adquirido de su evolución a través de renovos, virajes metafóricos, escuelas literarias, cambios de frente. Esa formación difusa, es el mejor hilo de Ariadna, que nos conduzca a desentrañarlo, sin pretensiones de definirlo y sin malicia de desstriparlo. Empezaremos por un Borges que conocimos, allá por el año de 1919, fabricante de poemas en plena efervescencia ultraísta, junto a Eugenio Montes, Gerardo Diego, Guillermo de Torre, Adriano del Valle y otros. Enfilando imágenes, una tras otra, como ensartadas cuentas de un rosario, su profesión parecía monótona y semejante a la de muchos. Un poema ultraísta se parecía a un poema ultraísta, como una estrella a otra estrella. La personalidad se disolvía en la colectividad. El jefe del regimiento de las imágenes lanzaba una orden, y una fusilería de ellas salía hacia todos los horizontes; algunas pegaban en el blanco, otras quedaban tendidas como cadáveres. En ese entonces, Borges era uno de los de mejor puntería.

El ultraísmo fué un panorama abierto sobre el mundo, que nos llenó de la alegría de crear. Cazadores de todos los países surgieron en pos de la imagen: cazadores argentinos, mejicanos, uruguayos, ecuatorianos. El ultraísmo argentino se gestó con Borges y González Lanuza, el mejicano con Maples Arce, el ecuatoriano con Hugo Mayo y el oriental, fué introducido por *Los Nuevos* y de él aprovecharon poetas, que a pesar de cultivar temas locales le están muy endeudados.

Borges vuelve de Europa, por segunda vez, y se enfrenta de verdad con Buenos Aires. El ambiente porteño le sugiere

X

NOS. vol. 57
n. 200-201
en - feb. 1926

un ultraísmo americano, independizado y más personal que el ultraísmo español. Funda *Proa*, la primera, y una Revista mural, que duró un día, pero lo suficiente como para que la ciudad apareciera empapelada de ultraísmo, acribillada de imágenes.

Y recién, después de muchas experiencias, hastiado un poco de tanta imagen enfilada, empieza Borges a reconquistar a la ciudad, que estaba perdida en un rinconcito de su memoria; y se apodera de ella por el fervor, la manera más honda de adentrarse en las cosas.

En *Fervor de Buenos Aires*, Borges ya no construye el poema solamente por enfilamiento de imágenes, a la manera ultraísta. La ensambladura tiene una importancia fundamental, y siendo interior establece la unidad sentimental, de que carece todo derroche aislado de imágenes. Influye en esta manera de poemizar, profundizando los temas y las imágenes, cierta facultad de sentir sin ver. Borges, es el poeta que no ha visto un paisaje, una puesta de sol, así lo dice:

No he mirado los ríos, ni la mar, ni la sierra,
pero intimó conmigo la luz de Buenos Aires.

El poeta ha llegado a una familiaridad encontrada en el interior de su soledad, a un ahondamiento que nos revela detalles inadvertidos para nosotros, tan novcleros y superficiales en el mirar, obsequiándonos generosamente con el fervor de la ciudad, tanteada en profundidad como la visión interior de un ciego.

A Borges hay que saborearlo, por eso mismo, con lentitud, con devoción, como se debe leer un libro regalado por la novia. Cada poema suyo es una meditación, cada imagen un desentrañamiento. A través de Borges no podemos viajar en tren expreso, sino en una lenta carreta. (La carreta, además de ser más lenta, tiene el sabor de evocación de algunos poemas de Borges: "Rozas", "El año cuarenta").

La asimilación de la ciudad no se produce en el autor de *Fervor de Buenos Aires* en forma unanimita, para él no tiene el encanto de un dinamismo, que no siente como un Jules Romains, sino con fruición remansada, recogida en barrios apartados, en calles solitarias, en los arrabales. Su amor es mayor

Vol. 57
2. 200-201
en - feb 1926

por el Buenos Aires que fué, que por el Buenos Aires que es, de donde proviene el gustar de Montevideo, con calles con luz de patio. Debería crearse para Jorge Luis Borges, un Buenos Aires sin casas centrales, sin el pasaje Barolo, como lo imaginaria Macedonio Fernández, sólo con arrabales y casonas con patios.

Tercer fundador de Buenos Aires, único explorador de sus barrios, a nadie le corresponde mejor el título de "poeta de Buenos Aires" que a él, investidura usurpada por un fabricante de versitos de confitería, bastante plagario de Carriego.

Luna de Enfrente, última producción poética de Borges, es continuación necesaria de *Fervor de Buenos Aires*. Leyendo *Luna de Enfrente* he sentido al cantor hasta en mis huesos de americano, y la emoción recogida en su lectura la cambiaría solamente por el canto de un auténtico payador. Quien leyere a Borges-poeta, debe saber ante todo, en qué lugar de selva apretada se va a meter de explorador, y al que no fuere profundizador ladino le aconsejaría renunciar a la expedición. Borges es una ciudad, que requiere un Baedeker especial, escrito en un doble idioma: en criollo, y en español ("ni de Castilla, ni del Plata"). Es rico en imágenes y en pensares, como para asombrar a los conquistadores extranjeros de las américas literarias. (Emigración de aventurero de la pluma, que está infectando el Río de la Plata). Su arraigamiento en americano lo ha hecho más recio y seguro, sin que por eso pierda su reserva de cultura europea, tan necesaria en América.

En *Luna de Enfrente* se renueva el fervor por Buenos Aires, en poemas de un intimismo tan deliciosos como "Calle con almacén rosao", "Tarde cualquiera", "La vuelta a Buenos Aires", "La calle Serrano", "Patrias"; hay, también, recordaciones de una pampa ancha y áspera, añorada en el patio de una casa, evocaciones de la época de Don Juan Manuel, de un humorismo hondo y punzante, en el título de su poema: "El General Quiroga va en coche al muere" y sobre todo, en "El año cuarenta", cuadro de Figari transformado en música, en donde se encuentran expresiones frescas como una cachimba:

"En carretas bajonas, detrás de bueyes bajo pértigo y yugo, iba el río a las casas".

Borges es en la actualidad el primer poeta de Buenos Aires, el único al que envidio de verdad, y en cuya admiración y fervor se complace mi espíritu.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS.

Montevideo, 1926.

a. x x , v. 57 1926

eu - febrero 1926

M. 200.201